

Sacha Batthyany

La matanza de Rechnitz.

Historia de mi familia





Seix Barral Biblioteca Formentor

Sacha Batthyany

La matanza de Rechnitz

Historia de mi familia

Traducción del alemán por
Fernando Aramburu

Título original: *Und Was Hat Das Mit Mir Zu Tun? Ein verbrechen im März 1945. Die Geschichte meiner Familie*

© Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln, 2016
© por la traducción, Fernando Aramburu, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Los diarios de Maritta Batthyány y Agnes Kupferminc han sido traducidos por el propio autor del húngaro y el español al alemán, respectivamente, y han sido editados para su publicación

Canciones del interior:

págs. 182 y 183: © *Happy*, © 2013 Back Lot Music, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Pharrell Williams

Primera edición: junio de 2017
ISBN: 978-84-322-3254-1
Depósito legal: B. 11.927-2017
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Todo empezó un jueves de abril, unos siete años antes de mi viaje a Buenos Aires. Yo trabajaba por entonces en la edición dominical del *Neue Zürcher Zeitung*. Fue a primera hora de la mañana. Apenas habían llegado unos pocos. Todo estaba en calma. Me encontraba escribiendo un texto sobre un donante holandés de esperma cuando una vieja compañera, que por lo general no hablaba mucho conmigo, puso sobre mi escritorio una página de periódico y me preguntó:

—Pero ¿qué clase de familia tienes tú?

Levanté la mirada y le sonreí. A continuación fijé la vista en el artículo que había arrancado para mí. Yo esperaba algo del siglo XIX, con vestidos de volantes quizá o con caballos. Algún puente bautizado con el nombre de un antepasado mío: un Ádám, Zsigmond o Ladislaus Batthyány. Mi apellido es conocido en Hungría. Los Batthyány fueron condes, príncipes, obispos. Uno era presidente del Consejo de Ministros del país en 1849; a otro, Ladislaus Batthyány-Strattmann, lo beatificó en 2003 el papa Juan Pablo II por sus méritos como médico en Roma. Se puede rastrear la historia de la familia hasta

las campañas contra los turcos en el siglo xiv. Ahora bien, aquí, en Europa occidental, apenas se conoce el apellido. ¿Por qué iban a conocerlo? La mayoría lo consideran un apellido tamil. Las numerosas íes griegas suenan a Sri Lanka. Tan sólo por Navidad me lo suelen sacar a colación, pues por esos días, a las once de la mañana, ponen en televisión la trilogía de Sissi, en la cual la emperatriz, interpretada por Romy Schneider, baila con un conde Batthyány, que viste un uniforme color azul celeste y lleva un montón de brillantina en el pelo.

Algo así esperaba yo, pues, algo inofensivo, cuando dirigí la mirada al periódico. En lugar de eso, leí el titular: LA ANFITRIONA DEL INFIERNO. No lo entendía; en cambio, reconocí al instante a la mujer de la foto. Tía Margit. Se supone que en marzo de 1945 participó en una matanza de ciento ochenta judíos en la ciudad fronteriza austriaca de Rechnitz. Al parecer organizó una fiesta, bailó y bebió y, a medianoche, por diversión, apuntó con una pistola a la cabeza de hombres y mujeres desnudos y disparó.

—Gracias —dije. Puse el texto a un lado y volví a fijar la atención en el cursor intermitente de la pantalla. Aún disponía de dos horas para despachar el texto sobre el donante holandés de esperma.

¿Tía Margit? ¿La de la lengua?

Cuando era niño, solíamos ir tres veces al año a comer con tía Margit, siempre a los restaurantes más caros de Zúrich. Mi padre echaba pestes por el camino y fumaba un cigarrillo tras otro dentro de nuestro Opel blanco. Mi madre me peinaba con un peine de plástico. La llamábamos tía Margit, nunca Margit, como si *tía* fuese un título nobiliario. Se había casado con el tío de mi padre, si

bien el matrimonio fue un desastre desde el principio. Margit era la Thyssen multimillonaria y alemana; él, el conde húngaro venido a menos. Era alta, con un torso robusto sobre piernas delgadas. En mi recuerdo lleva siempre un vestido abotonado hasta el cuello y fulares de seda con dibujos de caballos. Su bolso de cocodrilo es rojo burdeos y tiene cierres dorados. Y cuando habla de la brama del corzo o de sus travesías en barco por el Egeo, saca en los intervalos entre las frases la punta de la lengua, como hacen los lagartos. Yo me siento lo más lejos posible de ella. Tía Margit odiaba a los niños. Y mientras clavo el tenedor en el hígado troceado de ternera, vuelvo de continuo la mirada hacia ella. Quiero verle la lengua.

Después de su muerte, raras veces hablábamos de ella y mis recuerdos relativos a los almuerzos en el restaurante se difuminaron hasta el día en que, leyendo el periódico, tuve noticia de aquella localidad austriaca llamada Rechnitz. De una fiesta. De una matanza. De ciento ochenta judíos que, antes de ser asesinados, tuvieron que desnudarse para que sus cadáveres se descompusieran con mayor rapidez. ¿Y tía Margit? Estaba envuelta en el asunto.

Llamé por teléfono a mi padre y le pregunté si estaba al corriente de aquel hecho. Guardó silencio y oí que descorchaba una botella de vino. Lo veía ante mí, en aquel sofá desgastado que tanto me gusta, en su sala de estar de Budapest.

—Margit tuvo un par de líos amorosos con nazis. Es lo que se contaba en la familia.

—En el periódico se dice que organizó una fiesta y, como culminación, de postre, encerraron a ciento ochenta judíos en un establo y hubo reparto de armas. Todos estaban borrachos como cubas. Participaron los que qui-

sieron. También Margit. La tildan de *anfitriona del infierno*. En algunos periódicos ingleses la llaman *killer countess*. Y el *Bild* tituló: LA CONDESA THYSEN HIZO MATAR A TIROS A DOSCIENTOS JUDÍOS DURANTE UNA FIESTA DE NAZIS.

—Eso no tiene sentido. Hubo un crimen. Ahora bien, juzgo improbable que Margit tuviera nada que ver con ello. Era un monstruo, pero incapaz de hacer una cosa semejante.

—¿Por qué dices que Margit era un monstruo?

Con anterioridad al artículo de periódico sobre Rechnitz y tía Margit, la historia de mi familia nunca había despertado en mí especial interés. Apenas me rocé con ella. Habría sido diferente en caso de haber nacido en Hungría, allí hay lugares y monumentos dedicados a mis ancestros. Pero yo no crecí en Budapest sino en una vivienda de cuatro habitaciones en la periferia de Zúrich, y cuando cumplí ocho años nos mudamos a cien metros de distancia, a una casa adosada de color gris con la forma de un cubo de Rubik, al que por aquel entonces, años ochenta, todo el mundo daba vueltas. Teníamos una mesa de pimpón en el jardín y una nevera enorme como las de los americanos, dejada allí por los propietarios anteriores. Olía de maravilla cuando uno abría el congelador e introducía la cabeza hasta el fondo, más allá de los guisantes congelados. Aún recuerdo mejor el olor de la gasolinera en la que a veces, de atardecida, mis padres paraban al volver de casa de unos amigos a los que visitábamos todos los domingos. Mis dos hermanos y yo nos apretábamos en el asiento trasero y yo abrigaba siempre la esperanza de que tuviéramos que repostar. En tal caso daba vueltas a la manivela para bajar la ventanilla y, con

los ojos cerrados, respiraba por la nariz. La gasolina y el aire fresco y todos nosotros juntos en aquel coche, de camino a casa; nunca me sentía tan a buen recaudo como en aquel momento. Y cuando llegábamos a casa, me hacía el dormido para que mi padre me llevara en brazos a la habitación. Su camisa olía a vino y a cigarrillos y a verano. Así era mi infancia.

Como las ballenas que se recogen en aguas tranquilas para dar a luz, así se apartaron mis padres del mundo y se establecieron aquí. Pero a diferencia de las ballenas, que más tarde vuelven a las profundidades del océano, mis padres se quedaron varados en el borde de la ciudad.

Quizá se ocultaban de su pasado. De sus recuerdos de Hungría, de la guerra, de la huida y los escondites.

A buen seguro, lo único que buscaban en este sitio sin mácula era un nuevo comienzo y olvidar los hechos del pasado. Deseaban hacer de este ángulo ciego su hogar. Y casi lo consiguen.

Suiza es ideal para empezar otra vez desde cero y deshacerse de la carga de los viejos tiempos, pues nada en dicho país recuerda a Hitler o a Stalin. Los dos sistemas totalitarios del siglo pasado, el nacionalsocialismo, el comunismo, los campos de concentración, el gulag, no son sino capítulos en los libros escolares de Historia. Apenas hay un monumento consagrado a las víctimas de la guerra; apenas una familia, con excepción de las familias inmigrantes, cuya historia esté vinculada con atrocidades. No se oyen preguntas del tipo: «Dime, abuelo, ¿qué hiciste en la guerra?». Nadie fue deportado o gaseado. Eso no hay que *digerirlo*, ahí *no emerge nada*, como acostumbran decir los periódicos cuando se habla de otros países. No existe ningún fracaso colectivo, ninguna crisis salvo la de los bancos. Suiza sólo conoce años de bienestar, seguri-

dad y despreocupación, especialmente en mi juventud, a comienzos de los años noventa, cuando todo se volvió aún más multicolor y las personas de la periferia urbana daban paseos de fin de semana en bicicleta alrededor de algún lago y a eso lo llamaban ir en *bike*.

Se podría pensar que un panorama tan excesivamente idílico termina por ajarse, que tamaña falta de preocupaciones se contagia en forma de felicidad familiar. Pues no, en absoluto.

A decir verdad, ni mi padre ni mi madre se sentían en Suiza, en el más acolchado de los países europeos, como en casa. Aprendieron, desde luego, a expresarse en suizo-alemán e iban a esquiar, se compraron una tostadora de sándwiches cuando a todo el mundo le daba por comprársela, y en invierno comían asimismo *raclette*, esparciendo el queso fundido sobre las patatas, quizá con un poco más de pimentón que otra gente. En realidad tan sólo participaban en la vida de este país cuando no les quedaba más remedio. Saludaban a los vecinos, pero preferían llegar al coche sin que nadie los viera. En secreto se burlaban de Suiza y de los suizos, al menos es lo que a mí entonces me parecía. Las ocasionales observaciones xenóforas de algunos vecinos (qué apellido tan curioso el nuestro, que para ser extranjeros hablábamos un alemán aceptable, que nuestro coche oxidado desentonaba en la zona) no les preocupaban demasiado, pues sabían que nunca echarían raíces aquí. Suiza sólo era para ellos un país de mentirijillas, sin vida genuina; en cualquier caso, sin una vida con altos y bajos, con felicidad y sufrimiento. Pues quien no haya perdido unos cuantos parientes en la guerra, quien nunca haya visto cómo una potencia invasora, ya sean los alemanes o los rusos, arrasa con todo, nunca podrá afirmar que entiende verdaderamente algo

de la vida. El sufrimiento era la moneda de cambio. La felicidad y el idilio no contaban. El pasado siempre era más importante que el futuro; lo antiguo, siempre mejor que lo moderno.

Y, a su manera, los dos debieron de soñar con una vida distinta en esta pequeña casa de la periferia de Zúrich, este lugar sin ayer del que mi padre no tardó en marcharse.

Dos años después de la caída del Telón de Acero, juntó sus pertenencias y se largó a Budapest. También mi madre abandonó Suiza sin que diera la impresión de echar en falta nada, lo cual nunca me tomé a mal. De repente estaban los dos lejos. Me dejaron, sin embargo, la sensación de vivir en el país equivocado.

Yo me quedé más que nada por pereza. Me matriculé en la universidad porque así lo hacían todos y llegué a periodista. No tardé en escribir sobre las bandas de niños armados de Liverpool, dormí en la caravana de un cabe-cilla del Ku Klux Klan de Texas, anduve durante días por un arrabal de Zúrich debido a que tenía que informar acerca de la violación en grupo de una muchacha de trece años y tomé asiento en el sofá del donante holandés de esperma, junto con una pareja de lesbianas que deseaban tener un hijo. Fui testigo de cómo él les entregaba una cajita y una jeringa con la que una de las mujeres se introdujo su esperma.

—Me voy a comprar —dijo él, de pie en el umbral—.
¿Queréis algo? ¿Cola? ¿Patatas fritas?

Tras lo cual, ellas menearon la cabeza perplejas.
¿Cola? Lo que querían era un hijo.

Huelga decir que Hungría era el país de mis padres. Pero esto, a mí, ¿qué más me daba? Me hallaba en los principios de la treintena, acababa de enamorarme. La

Segunda Guerra Mundial, un crimen de guerra contra ciento ochenta judíos, todo aquello no podía resultarme más lejano. Teníamos nuestros propios problemas, pensaba yo: la migración, la falta de puntos de referencia, la globalización. Escribía sobre temas del tipo: demasiado consumismo, demasiada pornografía, demasiadas posibilidades.

Ahora bien, después de que la historia de mi familia hubiera acudido a mi encuentro la mañana aquella en que reconocí a mi tía Margit en el periódico, empecé a hacer pesquisas y escribí a parientes de Viena, Budapest y Múnich. «Hola —les decía yo de entrada—, no nos conocemos pero somos parientes lejanos. ¿Habéis leído lo que se supone que ocurrió? ¿Sabéis algo?» Me agencí actas sobre tía Margit y su marido Ivan, el hermano de mi abuelo; leí libros sobre los Thyssen y sobre la historia de Hungría; pasé días enteros en archivos de Berlín y Berna, de Budapest y Graz, y tuve continuas conversaciones por teléfono con mi padre. Tía Margit fue la causa impulsora de mi viaje a la Historia. Por ella me ocupé de mis orígenes por primera vez en mi vida.

Fue una matanza de ciento ochenta judíos lo que me acercó a mi familia.